

\*  
\* \*

¡Oh! sí, mi buena amiga, las he sentido; pero todas ellas se han quedado en el pórtico; no hay ninguna inmaculada; son pecadoras que han amado mucho y esperan, ateridas de frío, junto a las columnas churriguerescas, a que las dejen penetrar mis días castos a la pequeña iglesia, donde guardo, como una reliquia, la caricia de la viejecita de nieve que pasó ya la tallada cancela y va a oír la primera misa..... La esquila llama alegremente y la mañana está color de azucena.

Y ahora, buena amiga, cese la confidencia. Aleja de mi pesado sitio tu escabel de paje: te has quedado triste ..... y cuando se está triste, mirando como nosotros la luz de ceniza que empapa la vidriera del balcón y oyendo la fúnebre melopea de la lluvia, es bueno pensar en algo inviolado y blanco, como aquella viejecita de nieve, oliente a incienso.....

1893.

## UNA TARDE DE MI MAYO

---

Este era, en otro tiempo, el mes de los poetas y de los enamorados. Buena viejecita, viejecita de cuento de niños, que veo allá enfrente, haciendo calceta, detrás de las vidrieras que desempolvan las primeras lluvias, ¿dime si no es verdad?

En tus mocedades, decir mayo, era como decir alegría. Me acuerdo aún, en mirándote alzar y abatir la mano con la aguja enhiesta, o subirte, sobre el fino dorso de la nariz borbónica, las antiparras quevedunas; me acuerdo de las amarillentas estampas, de los antiguos grabados, de las viejas aguas fuertes, que representaban bailes campestres, correrías rústicas, paseos aldeanos, juegos de jardín, y en donde muchachas y garzones trastuleaban entre la yerba, risueños y pulcros, y sentados en bancas musgosas, conversaban jovialmente, o bajo un pórtico neoclásico, formaban parejas de amantes, como en los paisajes de Watteau. ¡Primorosas estampas, símbolo y clave de una poesía fresca y atildada que hizo latir aceleradamente el corazón de nuestros bisabuelos, a compás de la música martilleante, de la melodía pura de las odas de Carpio y de los sonetos de D. José Joaquín Pesado!

Entonces, en la primavera de aquellos años, los pueblecicos de los alrededores eran como canastillas colmadas de rosas y violetas, por entre cuyas hojas y follajes, como por entre una verde y tupida red, asomaban sus cabecitas fragantes, las chicas del lugar, como adorables flores animadas.

El bullicio y la algazara en cármenes y parques corría de cuenta de los jóvenes, abajo; y arriba, de cuenta de las ramas y de los pájaros.

Calles solitarias y húmedas, sitios de sombra fragante, rincones escondidos por cortinajes de madre selva, rotondas con sus fuentes de brocal bajo y pulido que invita, como los sofaes en el estrado, a confidencias y cuchicheos; por todas partes lugares de amor y de misterio: eso fueron, en tus remotos mayos, los pueblecicos de los alrededores, buena anciana de las manos secas y de los ojos con antiparras.

Nuestros mayos no parecen los mismos, no son los tuyos. Parece, buena viejecita, que el alma está fatigada de esperar y de amar, y la tierra, como dijo el poeta, cansada de dar flores. Se diría que el hastío ha contaminado los gérmenes y envenenado y debilitado las savias.

Ya no hay fiestas campestres como antaño, ni de la invisible y supuesta lira de los versificadores, salen los versos en alabanza de los lirios flamantes y de las azucenas recién abiertas; la Naturaleza, como contagiada de la humana melancolía, no tiene el regocijo de hacer estallar en pétalos los jugos de la campiña, ni el júbilo de deshacer en alas el fango de los nidos, ni la gloria de abrir a la esperanza el corazón de los hombres.

No había, en tu tiempo, primaveras tristes,

blanca viejecita de cuento: no se leían entonces libros escépticos, ni novelas experimentales, ni filosofías de alienados. Y has de haber visto con esos ojos que hoy guardan, como flores en fanal, los cristales de las antiparras, esos lienzos donde pastores y pastoras forman coro al desnudo y regordete amorcillo, que, aljaba a la espalda y arco al brazo, apunta, impaciente, a los corpiños de seda y a las ropillas de encaje y blondas.

\*  
\*\*

Esta tarde, mientras yo escribo, tú coses; haces calceta, y con la calceta, recuerdos, y con los recuerdos, vida, porque..... ¿me figuro o es cierto que te veo sonreír? Sí, levantas la cabeza que bien merece la cofia enlistonada de una abuela legendaria, y tras los cristales de tu ventana, desempolvados por la lluvia, miras el cielo.

Ese sí que es el mismo, inocentona. Ese sí que no ha cambiado, como los jardines que ahora son menos floridos, como las rosas que ahora son menos fragantes, como las gentes que ahora son menos buenas.

Sonríe, blanca viejecita; este crepúsculo de mayo, que tú y yo nos hemos puesto a contemplar, es hermoso. En el horizonte rosado y dulce, pueden perfilarse tus memorias y desleírse en claridad mis sueños.

Somos dos rezagados de la primavera; somos dos antiguallas del mes de mayo; tú eres la enamorada y yo el poeta.

Cose, cose, *mamá* Ilusión, yo escribo, escribo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

en tanto que la sombra que viene de fuera y la que sale de nosotros, se unen y compenetran para obscurecer tus recuerdos y mis devaneos.

Y, a manera de estribillo de balada arcaica, sigue cantando mi corazón esta frase corriente: «en otro tiempo, mayo era el mes de los enamorados y de los poetas».

1905.

## CASTILLOS EN EL AIRE.

De domingo a domingo se tiende la semana, como de orilla a orilla de un río se encorva un puente. No me desagrada del todo este símil, encontrado, a la ventura, en la primera gota de tinta que mojó mi pluma, porque puedo seguirlo, y hacer con él mis voltejeos, mis prestidigitaciones, las obligadas suertes de mi magia blanca. Gusto de encontrar un vocablo hermoso, refulgente y pulido, como una hoja de acero; me extasio al hallarme en los rincones del entendimiento, hurgando y removiendo en el bazar empolvado del lenguaje, un epíteto claro y sonoro, como una placa de cristal á través de la que se vean las cosas engastadas en iris: pero, cuando tropiezo, por acaso, con una metáfora cualquiera, viéneme una alegría loca, infantil, cosquilleante, y me entran desde luego tentaciones de ampliarla, de entretenerme con ella, de sacudirla, de hacer como los niños que rompen un juguete para sorprender su mecanismo.

¿Os acordáis de aquel jugador del poema de Coppée? Todo lo había perdido, todo, y se paseaba en la alta noche, pensando en el suicidio, por las enarenadas calles de un jardín público. Nevaba: era una noche de invierno, una noche de Navidad.

Y de pronto, el poeta de los humildes pone a su héroe desesperado frente a una linda mendiguilla que duerme el dulce sueño de su inocencia, sobre un colchón de nieve en una de las bancas del parque. ¿Recordáis ahora los divinos versos? Junto a la niña está un zueco, en cuyo fondo ríe un luis de oro: alguna mano caritativa arrojó aquel sol brillante en el abismo de un zueco. Cuando la rubia mendiga dejara de retozar, en sueños, con los ángeles, la moneda le diría: mírame, perezocilla, que he estado esperando que despiertes para darte pan fresco, leche blanca, fuego sano, abrigo y felicidad. Soy el regalo del buen Dios, que trajeron tus amigos los querubines, que hoy bajaron al mundo cargados de recuerdos para las madres sin hijos, y de chucherías para los niños sin madre.

Y el jugador hurta el luis de oro a la mendiga, y huye con él, y se acerca a la mesa verde, y lo apuesta. La esfera de marfil corretea y brinca como una locuela, por la rueda arlequinesca de la ruleta, saltando obstáculos y recorriendo divisiones, en persecución del número donde la fortuna le ordenó que ha de reposar un instante. El jugador gana diez luises, cien luises, mil luises, montañas de luises; y cuando ha desmontado al banquero, la mañana se asoma lentamente a los cristales del balcón, para recordar al criminal que ya es preciso ir a despertar a la infeliz criatura. El jugador se levanta; corriendo atraviesa las calles, busca, encuentra a la muchacha y la sacude para despertarla: va a devolverle un tesoro por una moneda, a vestirla de brocado, a casarla con un príncipe, como a las niñas de los cuentos; y el jugador la llama, la sacude, le alza la cabeza, le da un beso en la frente; pero en

vano; la mendiguilla no entreabre los ojos; está rígida, helada.....ya la mató la nieve; se tardó tanto el ladrón, que primero vino la muerte; ya no despertará por no sentir el hambre, ni el frío, ni la soledad, ni la desdicha.....

\*  
\* \*

Pues así, como el jugador del poeta, salgo muchas veces de la literatura: he apostado y perdido mi última metáfora, el último endecasílabo que me quedaba, la postrera frase que tenía, los doblones de un poema, el luis de un soneto, el escudo de una redondilla; nada me queda, y voy desesperado, imaginando recursos y abriendo tomos, en busca de una imagen con que pagar mis deudas. De pronto, al volver una página, al levantar los ojos al cielo, al ver cruzar un pájaro, miro el luis de oro—la metáfora, la frase, la estrofa—y se lo hurto a la nube, al libro, al ave, que, como el ángel rubio de Coppée, no saben lo que tienen. Juego—¡por supuesto!—y gano, a veces, no sin grandes sustos y desconfianzas; mas, a la postre, vuelvo a quedar tan pobre como siempre, porque en esta banca literaria todos entran ricos y salen miserables. No trato, por consiguiente, de devolver con creces lo robado; antes torno a cometer el delito cada vez que encuentro oportunidad o es necesario. Bien quisiera decir a los que me ven llegar a la mesa de juego con el reluciente luis de oro y echarlo a rodar con indiferencia sobre el tapete: Caballeros, esta moneda no es mía; me la encontré en el arca de bronce de Hugo, en el saco de viaje de Byron, en el pequeño vaso donde Musset bebía genio y absin-

tio. Pero no lo digo, con la esperanza de ganar y devolver el hurto, sin que nadie se entere de mi falta. Creo notar, sin embargo, que todos me miran con aire burlón y malicioso, cual si me quisieran indicar que están en el secreto. Como me urge jugar, me veo precisado a dárme las del desentendido y del inocente. ¡Eh! nada me importa; cuando no hallo a mano el luis de oro entre los alejandrinos franceses o entre el viejo tesoro de nuestros prosadores, apuesto uno mío, poniéndolo con aparente desfachatez, pero con exquisito cuidado, sobre el tapete verde. Aquí, para nosotros, confesaré que soy monedero falso: suelo tener buenos troqueles, mas no metales preciosos; de suerte que, a hurtadillas, fabrico mis luises con viejos latones, con estaños teñidos, con ruedecillas de plomo, y me paso las horas muertas, puliendo los relieves, aclarando los bustos, igualando y abillantando los dorados. Algunas monedas no salen tan mal; la prueba es que vosotros no me las rechazáis al instante; mas, para asegurarnos de que las hice, restregadlas, sonadlas... ¿No es verdad que son falsas, caballeros?

Hoy arrojé este luis, encontrado a la ventura en un rincón de la memoria: de domingo a domingo se tiende la semana, como de orilla a orilla de un río se encorva un puente.

Hay semanas tristes, semanas solitarias que infunden pavor y llenan el ánimo de melancolías. Hay semanas que son el Puente de los Suspiros.

Encajonadas entre los sucesos, unen lo presente y lo porvenir con su arco de piedras negras, en las que resaltan tétricos y fantásticos labrados como *pesadillas petrificadas*; abajo corre, obscura y quieta, como un canal de Venecia, la corriente de la

vida. A lo lejos, vienen bogando las góndolas enlutadas en que viajan los abatidos desengaños, y que sirven de ataúd a esas vírgenes muertas: las esperanzas. Cuando paso por un puente así, mi literatura toma la monotonía del horizonte, el color del agua y la tristeza del sitio: apoyado en una maciza pilastra o asido a las toscas barras de una reja, me pongo a pensar, mientras contemplo la corriente dormida, en jardines olvidados y marchitos, en palacios deshabitados, en templos ruinosos, en mujeres enamoradas y tristes. He aquí la causa de que, en ocasiones, tengan mis artículos la displidencia y el desaliño de la amante que no espera al novio, porque llueve a la hora de la cita, y que, no obstante, se asoma a la ventana poseída de una remota y terca esperanza. Al escribir, recuerdo involuntariamente la rima de Becquer, el poeta de mi juventud, destronado en mi admiración por los modernos y artificiosos cantores:

Un cielo gris, un horizonte eterno,  
y andar... andar.....

Andar, sí, la imaginación camina, entorpecida y sin fuerzas, obligada como el judío de la leyenda cristiana, a no detenerse: sólo que cuando las semanas pasan sin ruido, cuando los días, a semejanza del desierto, son monótonos y sin accidentes, mi Ashaverus encuentra más pesada su carga, más doloroso su cansancio, más despiadada su maldición. Cruza las asperezas del tiempo, ciego y abandonado; es un Edipo sin Antígona.

En cambio, en las semanas alegres y festejosas, en las que atraviesan, altas y ligeras, como un puen-

te colgante, la bulliciosa corriente de la existencia, surcada de navíos empavesados, me place adornar la crónica, hacerla estrenar vestido nuevo, ataviarla con guñapos y colorines, darle el encargo de que componga trofeos, cuelgue oriflamas e improvise arcos de triunfo para que pase el suceso sensacional, el drama aplaudido, la ópera de música inspirada, la artista célebre, el risueño y cascabeleado episodio. Tomo el goce, la animación, el entusiasmo de la atmósfera, saturada de alegría. Y allá va el período cantante, la voz recientemente pulida, el giro airoso y coqueto que se mueve como la falda de una duquesita *siglo diez y ocho*; allá va la imaginación, como el chico del cuento, contemplativa y risueña, mirando con fijeza distraída cómo palidece en el horizonte el rosicler de la mañana. La vida me compromete; me obliga a expresarme en un idioma menos burdo, y hasta me aconseja las palabras que debo usar. Claro es que el pensamiento, torpe y fatigado de continuo, deseara realizar los versos de Zaragoza:

A la sombra del árbol de la vida  
Tendámonos henchidos de esperanza.

Pero ya que no es posible, al menos logra divertirse, arrancando flores silvestres, aspirando frescas fragancias y viendo volar golondrinas.....

1896.

## LA TRAGEDIA DEL JUGUETE

Ya se ha hecho muy vulgar, y por vulgar nadie se fija en ella, la figurilla en yeso, cuyos contornos voy a seguir en unas cuantas líneas: un niño de seis a ocho años, vestido de fantasía, con el jubón y las calzas de malla tan ceñidas que se embeben en las suaves curvas de aquel ángel de Tanagra, se lleva las manos al rostro para ocultar una mueca dolorosa e irascible. En el momento en que va a tocarse con los puños los párpados cerrados, circuidos de arrugas, lo sorprendió el artista. En pie, y con las piernas juntas, en una postura acrobática, el chicuelo inclina la cabeza recientemente despojada del gorro de saltimbanco y que conserva aún en lo alto de la frente, el mechón enharinado. La risa quedó en esos labios alirrota como un colibrí herido sobre la copa de nácar de una magnolia. El relámpago de la alegría acaba de cerrar su abanico de luz en ese semblante de *bambino rafaesco*. Se ven en esa fisonomía cómicamente apenada, las huellas de los contentos fugitivos, los últimos besos que la dicha ingenua estampó en los mofletes del robusto muchacho. Los rasgos todos de la graciosa cara indican la brusca rapidez del cambio inesperado: se armonizaban de un modo

placentero en aquella faz contraída por los cordones tensos de la risa, cuando, urgidos con violencia por un súbito disgusto, tuvieron que deshacer el gesto. Nada importó, sin embargo, porque están acostumbrados a las transiciones: sirven a la almita tornátil de un niño lleno de caprichos y veleidades. ¿Pero, por qué tan presto el olímpico enojo y el dolor hurraño frunciéron aquel ceño infantil y cortaron las comisuras de aquella boca, con el áspero trazo de las mejillas dilatadas? ¡Ah, vamos! Abajo, sobre el plinto, cerca de los puntiagudos chapines, un Pulchinela perniquebrado, con la cascabeleada corcova hundida en el yeso por la fuerza del golpe, se ríe a todo su sabor—abriendo bajo la nariz borbónica la boca desdentada—de la insulsa contrariedad del chiquillo.—¡Torpe!—parece decirle.

El sol, ríe también entre conmovido y zumbón, acariciando la blancura lechosa de la estatua.—¡No llores, tonto!—le aconseja.

\*  
\* \*

Cuando me detuve hace muchos años, no recuerdo cómo ni dónde, a ver un momento la figurilla, sufrí una impresión de refinada melancolía, que ahora me viene a la memoria, evocada, tarde por tarde, frente a los aparadores de la calle de Plateros. Lo primero que pensé entonces ante el muchacho, asaltado en pleno goce por la fatalidad, fué esta frase que a guisa de caja de listones, encierra, bien enrollado, un hilo, sutil como una hebra de luz, de filosofías frívolas y ligeras, de

esas de que tanto gustamos los contemplativos nerviosos:—¡El juguete se burla!

En efecto: este Pulchinela perniquebrado es simbólico. Se llama el Amor, se llama la Esperanza, se llama el Ideal, se llama la Fe, según el caso. ¿Quién no ha sido alguna vez el niño torpe, la figurilla de yeso, y a un descuido, a una falta de tacto, a un aletazo del viento, no ha visto caer el juguete que lo entretenía: una creencia, una ilusión, un sueño, todo eso que es una sola cosa, que va tomando distintos nombres, conforme vamos viviendo; que en nuestra alcoba infantil es el nimbo del Ángel de la Guarda, en nuestras locuras juveniles es el rompimiento de gloria del triunfo o la promesa de la novia, y en el frío lecho de la vejez es el ansia de la caricia amiga y el fúnebre devaneo del reposo? Nos sentíamos felices con ver en nuestros brazos, a la voluntad de nuestros caprichos, una mujer, una riqueza, una convicción, un anhelo. Un instante fuimos amados, fuimos poderosos, fuimos venturosos. Y cruzamos el mundo vestidos de fantasía como el chicuelo. Despertábamos los ecos somnolentes con el bullicio de nuestras risas—coro alocado de ninfas desnudas.—Creímos en el milagro, en la corona de laurel, en el juramento. Retozábamos con nuestro Pulchinela, lo sacudíamos con furor para hacer sonar los cascabeles, y avivar curiosidades y hacer brotar envidias. ¡Aquí va—gritábamos—un amante, un creyente, un poeta! Abrid paso al dichoso!

De improviso—¿cómo fué?—el juguete se nos cayó de las manos, y quedamos en cómica postura, haciendo ante la muchedumbre, perversamente risueña, la mueca doliente e irascible, mientras abajo,

en el suelo removido y lodoso, el grotesco muñeco, la esperanza, la ilusión; el deseo, se reían con la irritante y eterna mofa de las cosas sin alma!

\* \* \*

Van cinco tardes que miro entrar aleteando, un ejército de pequeños, a los almacenes, a las tiendas, a las jugueterías, a las barracas de la Plaza Mayor, en busca de la esfera brillante, de la rama de pino, de la chuchería de porcelana, del pastor de barro, de la *piñata* pomposa de olopeles y moños.

Los aparadores están más fantásticos que nunca; multicolores y diáfanos, como los alcázares de las *leyendas*. A través de los cristales, como a través de la gasa transparente del sueño, se ven los matizados castillos de *bombones*, las montañas de vidrio de las canastillas, los bosques floridos de las velas esteáricas. Bajo los triunfales arcos de heno, pasa la abigarrada procesión de Navidad: la Sagrada Familia con su celeste custodia de ángeles con las alas abiertas y la espada desnuda; la caravana tarda de los *Reyes Magos* junto a la palmera del oasis y la cisterna gris donde abrevan, lenta y cansadamente, los camellos; la pastoril banda de zampoñas y flautas surgiendo por entre la nevada del rebaño o la pensativa vacada; y el delicioso anacronismo, la encantadora y confusa procesión de los astrólogos egipcios, de los centuriones romanos y de los príncipes medievales. En el fondo, las vívidas estrellas kaleidoscópicas, las carnes sonrosadas de los querubines, los *chalets* suizos, rasgando con los picos de sus

veletas las marañas de plata virgen de la escarcha. La imaginación de los niños se embriaga delante de todas estas maravillas, y sus pupilas beben, incansables, las luces rojas, violetas, azules y verdes que flotan, como plumajes de aves muertas en un lago sin ondas, en la claridad eléctrica de los escaparates. La chiquillería invade la Avenida; corre, se desliza, se escapa, como una bandada de Pulgarcillos, perdida en el bosque de nuestras piernas.

Este es el mes del frío y de la nieve; no hay boda en las techumbres como en Mayo, ni luminosas tragedias en el cielo como en Agosto. Julieta no hubiera oído en estas noches cantar el ruiseñor bajo la fronda fosforescente del granado, ni Pablo y Virginia hubieran podido sombreadarse bajo la cincelada copa de los fresnos; pero hay fiestas reales en los corazones nuevos, recepción en la corte de los espíritus puros, juegos florales y torneos en las flamantes fantasías. Todo se hace más nítido y se purifica en Diciembre: las nubes, las estrellas, los volcanes, y los sueños. Es el mes de lo blanco. Theo labró su vieja filigrana, su *sinfonía* de argentadas alburas, pensando en una mañana de Invierno. Por eso es el mes de la infancia y por eso lo escogió Jesús para nacer. Cuanto en la naturaleza tiene este inviolado matiz se mezcla y se acaricia. Las brumas se tienden a descansar sobre las nevadas crestas de la cordillera: las manos de los nietos, acarician las guedejas de canas de los abuelos.

Estos días están destinados a los inocentes regocijos. Las ambiciones infantiles loquean. Las jugueterías—fastuosas Babilonias—son saqueadas por el batallón de los chicos. Allá van en peloto-

nes desordenados, con bélicos ademanes, alzando los bracitos agitadores, entonando sus extraños himnos guerreros compuestos de balbuceos y gritos.....Jamás se rinden: toman por asalto las fortalezas de *bombones*, barren las columnas de *muñecos*, destruyen las barricadas policromas de juguetes, desean cuanto miran y quieren abarcarlo todo. Son insaciables.

Y cuando repartido el botín, salen con el orgulloso continente del vencedor y la sonrisa del feliz, los miro alejarse escoltados por la satisfecha guardia de honor de las madres, y, por rara obsesión, no dejo de recordar al muchacho de yeso, sorprendido por la fatalidad en pleno regocijo. ¡Cuántas de estas criaturas harán dentro de poco la mueca dolorosa e irascible!

¡Tanto esfuerzo gastado, tanta energía cansada, para que Pulchinela o Arlequín o Pierrot caigan y se rompan!

Yo les ayudo, les evito tropiezos, pido con la mirada permiso a las madres, y me acerco a colocarlos para que ellos embracen bien sus baratijas. Los ingratos me miran como a intruso, arrugan el ceño y se resisten. Soy un entrometido, un importuno. Por supuesto que sonrío impasible en medio de sus cóleras. Siento que estoy ejecutando una hermosa acción. ¡Pobrecillos! Es necesario prolongarles la dicha del triunfo y evitarles la amargura de la caída. Que gocen, que se harten. Mañana se olvidarán de Arlequín y desearán a Colombina. Nunca es tarde para el deseo. Y de juguete en juguete, llegarán a ser jóvenes, a ser hombres, es decir, niños grandes, y entonces sí es inevitable que Pulchinela se les caiga de las manos; y mientras lloren

angustiados por su intempestiva desgracia, verán cómo el muñeco perniquebrado—el Amor, la Esperanza, la Fe—ríe en el suelo, a todo su sabor, de la torpeza y penas del desgraciado. ¡Qué punzante es el sarcasmo con que nos contemplan los ideales rotos! Ellos caen inútiles; ya no podrán divertirnos más; pero conservan, aun caídos, su perpetua e irónica carcajada ante nuestro dolor, nuestra amargura, nuestro desencanto. En vano llevamos a los ojos, las manos convulsas; en vano pedimos misericordia y consuelo. Nos quedamos solos como la figurilla de yeso. A nuestros pies, destruido por el golpe, yace el amor ingrato, el ensueño desvanecido, el ideal muerto. No obstante, Pulchinela se ríe. El juguete se burla.

1896.

BIBLIOTECA ALFONSIANA